



“El ejército federal”

p. 87-102

Mario Ramírez Rancaño

La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Instituto de Investigaciones Sociales/Miguel Ángel Porrúa

2002

472 p.

Cuadros

(Las Ciencias Sociales, Segunda década)

ISBN 970-701-213-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/396/reaccion_mexicana.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO IV

El ejército federal

PARA una corriente teórica de las ciencias sociales, que hasta hace unos años estuvo en boga en el medio académico, se deben cumplir dos premisas para poder hablar de revolución. Una de ellas es la extinción del Estado burgués y, la otra, de su brazo armado, que tiene expresión en el ejército.¹⁵⁰ Al margen de que se esté o no de acuerdo con esta postura, durante el siglo xx, en México se registró efectivamente tanto la extinción del viejo estado porfirista, como la disolución del ejército mexicano. Esto sucedió en agosto de 1914 al extinguirse el gobierno de Francisco Carbajal y arribar el constitucionalismo al poder. Esta situación, que parece no tener mucha importancia, en realidad resultó ser trascendental en la historia política militar mexicana. El ejército federal fue arrollado literalmente por las huestes armadas a cargo de Álvaro Obregón, Pablo González y Francisco Villa. A primera vista, resulta toda una afrenta que un ejército profesional, armado por el estado, haya sido derrotado en toda la línea por huestes armadas sobre la marcha, sin mayor preparación técnica y profesional. Al frente del viejo ejército federal estaban hombres entrenados en el Colegio Militar, con un armamento hasta cierto punto modernizado.

Las posibles explicaciones de la debacle del ejército federal a manos de los ejércitos revolucionarios, tienen que ver con su propia naturaleza. En primer lugar, sus altos mandos, aparentemente bien preparados, estaban envejecidos y corrompidos. En segundo

¹⁵⁰Lenin, “El Estado y la revolución”, en *Obras escogidas*, t. 2, Moscú, Progreso, s/f, p. 316.

lugar, se habla de que el abultamiento del número de efectivos militares y de los costos del armamento, les redituaban altos ingresos. Se trataba de todo un *modus vivendi*. Por otro lado, la base del ejército estaba integrada por personas carentes de vocación para las armas, reclutadas en forma arbitraria y coheritiva mediante la leva. En estas condiciones, resultó lastimoso su papel durante la etapa armada al enfrentarse a hombres con gran empuje y valor, que de paso se cobraban viejos agravios, además de disfrutar de libertad para el saqueo y la rapiña.

Robert Martin Alexius habla de que el ejército porfirista llegó a contar nominalmente con cerca de 39,000 efectivos, aunque advierte que la cifra real oscilaba entre los 14,000 y los 18,000. Los soldados faltantes eran ficticios ya que sólo existían en el papel y los salarios engrosaban los bolsillos de los altos mandos del ejército.¹⁵¹ Durante la etapa más álgida de la revolución, se calcula que el tamaño del ejército creció entre cinco y seis veces. Según datos de Michael C. Meyer, en un periodo de tres meses, de junio a septiembre de 1913, el número de generales pasó de 128 a 182, y el de otros oficiales de alta graduación, de 888 a 1081.¹⁵² Hacia el mes de octubre de 1913, el Presidente autorizó elevar el ejército a 150,000 hombres, tres meses después, la cifra alcanzó los 200,000. Otros autores hablan del cuarto de millón de efectivos, pero en realidad jamás se alcanzó semejante cifra,¹⁵³ en parte porque resultó impresionante observar que tan pronto como eran reclutados, miles y miles de efectivos desertaban. Para contrarrestar esta tendencia, Huerta utilizó todos los medios imaginables a su alcance. Se intentaron aumentos en los salarios y cumplir con el viejo sistema de cuotas que señalaba que cada estado debía aportar un cierto número de personas para nutrir al ejército federal. Cualquiera que

¹⁵¹ Robert Martin Alexius, "El ejército y la política en el México porfirista", en Lief Adleson *et al.*, *Sabores y sinsabores de la Revolución mexicana*, SEP-Universidad de Guadalajara, Comesco, s/f, p. 55. Para una visión general sobre este tema, consultar a Jorge Alberto Lozoya, *Ejército mexicano*, México, El Colegio de México, 1984.

¹⁵² Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 111.

¹⁵³ *Ibidem*, p. 109.

sea la verdad, lo cierto es que en plena revolución, el ejército resultó ser un tigre de papel, una fuerza frágil, víctima de cualquier jefe revolucionario.

EJÉRCITO MEXICANO (AÑOS SELECCIONADOS)

Años	Total	Oficiales	Tropa
1876	37,468	4,177	33,291
1893			22,000
1895	24,489	3,544	20,945
1896	30,112	5,564	24,548
1899	30,885	3,484	27,401
1901	34,000		
1902	29,966	3,408	26,558
1906	28,588	3,060	25,528
1910	36,700		
1913	80,000		
1914	250,000		
1918	133,510		
1921	82,779	14,459	68,320
1930	63,007	9,549	53,458
1931	55,260	9,024	46,236

Fuente: *Memorias de la Secretaría de Guerra y Marina*, 1877, 1889, 1893, 1896, 1902, 1906, 1930 y 1931 y Mateo Podán, *Porfirio Díaz, debe y haber*, México, Botas, 1944, 220. Para 1913 y 1914, Lawrence Taylor, *La gran aventura en México*, México, Conaculta, 1993, pp. 65 y 66. Para 1918, *Excelsior*, 22 de mayo de 1918 y para 1921, Martha B. Loyo, *Joaquín Amaro y el proceso de institucionalización del ejército. 1917-1931*, tesis de doctorado en Historia, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1998, p. 120.

Por su cercanía con Huerta, a la renuncia de éste a la Presidencia de la República, un buen número de militares de alta graduación huyó del país, utilizando pretextos baladíes. No les interesaba colaborar con Francisco S. Carbajal, ni tampoco esperar la llegada de Carranza a la capital de la república. Pero antes de su renuncia, Huerta firmó sendas comisiones para que sus más allegados viajaran a Europa a ejercer cargos que a todas luces eran fantasmas, y que en realidad encubrían un pretexto para seguir en las nóminas gubernamentales. Por ejemplo, Agustín Bretón viajaba comisionado a Europa, como jefe del estado mayor de Aureliano Blanquet,

Benjamín Camarena, ex inspector general de Policía y ex director de la penitenciaría del Distrito Federal, viajaba a Londres comisionado por la Secretaría de Guerra y Marina, para estudiar lo relativo a la crianza de la caballería. El teniente coronel Jorge Huerta, hijo del ex presidente, iba comisionado por la misma Secretaría de Guerra, para estudiar en España la estructura organizativa del ejército. El coronel Carlos Águila, hermano político del general Huerta, iba comisionado para estudiar en el viejo mundo la cría de caballos, y el general Alberto Quiroz, inspector general de Policía, el sistema de organización de la policía militar. Los generales Javier de Moure y Liborio Fuentes, este último, oficial mayor de la Secretaría de Guerra y Marina, llevaban comisiones calificadas de carácter reservado a Europa. Como se puede ver, las comisiones eran confusas y en realidad encubrían la urgencia de abandonar el país con un salario asegurado para sobrevivir.

Otros huían sin disponer de tales comisiones fantasmas. El caso típico es el del general Juan A. Hernández, gobernador de Puebla, quien abandonó su puesto para unirse a otros fugitivos en Puerto México.¹⁵⁴ Lo mismo sucedió con los generales Ramón Corona, ex gobernador del Distrito Federal, y Francisco Romero, ex gobernador de San Luis Potosí. Se dijo que el primero iba a Europa y el segundo a Sudamérica.¹⁵⁵ Por las mismas fechas proliferaron los rumores más escalofriantes, entre ellos el de que el gobernador de Oaxaca, licenciado Miguel Bolaños Cacho, había sido pasado por las armas. La noticia resultó falsa, pero de cualquier forma, el ex gobernador se dirigió a Puerto Ángel para expatriarse en Europa.¹⁵⁶ El general Carlos García Hidalgo, que por algún tiempo fue gobernador de Aguascalientes, renunció al cargo y salió del país.¹⁵⁷ En los días siguientes, otros generales adictos a Huerta abandonaban sus puestos. El general Luis Emeterio Torres, que por largos años gobernó Sonora, solicitó su retiro

¹⁵⁴ *El Imparcial*, 17 y 21 de julio de 1914 y *El País*, 18 de julio de 1914.

¹⁵⁵ *El Imparcial*, 17 de julio de 1914. En *El País* también del 17 de julio de 1914, se dice que el general Francisco Romero, había sido el último gobernador huertista de Morelos.

¹⁵⁶ *El Imparcial*, 16 y 17 de julio de 1914 y *El País*, 19 de julio de 1914.

¹⁵⁷ *El País*, 18 y 26 de julio de 1914.



del ejército alegando tener más de cuarenta años de servicio,¹⁵⁸ el general Ignacio A. Bravo solicitó licencia a la Secretaría de Guerra con el objeto de trasladarse a Veracruz para, según dijo, restablecer su quebrantada salud, y lo mismo hizo el general Carlos Rincón Gallardo.¹⁵⁹ Pero el grueso del ejército federal esperó la llegada de Carranza a la capital de la república.

LA DISOLUCIÓN DEL EJÉRCITO FEDERAL

LOS TRATADOS de Teoloyucan, que marcaban la caída del viejo régimen y la instauración del nuevo, fueron firmados por los generales triunfantes Álvaro Obregón y Lucio Blanco y por el otro lado, por el general Gustavo Salas, Eduardo Iturbide y Othón Blanco.¹⁶⁰ En términos generales, la mecánica acordada fue la siguiente: la entrada de las fuerzas constitucionalistas a la ciudad de México se haría conforme se retiraban las federales, bajo la supervisión de los generales José Refugio Velasco y Álvaro Obregón. Se convino en distribuir las tropas federales en las poblaciones ubicadas a lo largo del ferrocarril de México a Puebla, en grupos no mayores de cinco mil hombres. Para prevenir una eventual rebelión, se les privaría de artillería de reserva y de municiones. Una vez verificado este paso, el nuevo gobierno enviaría a sus representantes para desarmarlos completamente. Asimismo, se acordó desarmar y disolver las guarniciones de Manzanillo, Córdoba, Jalapa y las jefaturas de armas de Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán, en estos mismos lugares. Las tropas federales encargadas de guarnecer las poblaciones de San Ángel, Tlalpan, Xochimilco y demás, también serían desarmadas en estos mismos lugares, tan pronto como se presentaran las tropas constitucionalistas. Obregón prometió no hostilizar durante su retiro a las tropas federales y darles toda clase de garantías y ayuda pecuniaria para que los soldados regresaran a sus hogares. No se habló de someterlos a juicio

¹⁵⁸ *El Imparcial*, 30 de julio de 1914.

¹⁵⁹ *El Imparcial*, 4 de agosto de 1914.

¹⁶⁰ Eduardo Iturbide, *op. cit.*, pp. 140-142 y Alfonso Taracena, *LVRM (1912-1914)*, p. 398.

ni de castigarlos. Pero existe un punto que llama la atención: en los Tratados de Teoloyucan se asentó que los generales, jefes y oficiales del Ejército y de la Armada, quedaban a disposición del primer jefe de las fuerzas constitucionalistas.¹⁶¹ En realidad, Carranza jamás estuvo dispuesto a cumplir con este punto.

El sábado 15 de agosto de 1914, el general José Refugio Velasco anunció que previa disolución de su gabinete, el licenciado Francisco S. Carbajal lo había investido con el mando supremo del ejército. En virtud de que se vivían momentos difíciles y cruciales, pidió a los miembros del ejército federal, disciplina, amor a la patria, y evitar toda clase de dificultades al nuevo gobierno. A continuación les hizo saber que bajo las nuevas circunstancias, su misión consistía en disolver el ejército del cual formaban parte. Los que por última vez conformaron los altos mandos del ejército federal fueron el general Francisco A. Salido, jefe del Estado Mayor de José Refugio Velasco; el general Luis Medina Barrón, titular de la primera división; el general Ignacio Morelos Zaragoza, jefe de la segunda división; el general Eduardo Ocaranza, jefe de la Tercera División; el general Miguel Gil, jefe de la Brigada de Infantería de reserva; el general Gustavo A. Salas, jefe de la Brigada de Caballería de reserva; el general Salvador Herrera y Cairo, jefe de Artillería; los generales Carlos Casillas y Ramón Gutiérrez, jefes de Ingenieros; general José Ortiz Monasterio, jefe de transportes, y el general Agustín Aguirre, jefe del servicio sanitario.¹⁶²

Efectivamente, el general José Refugio Velasco, en su condición de jefe supremo de la plaza de la ciudad de México, se la entregó el 15 de agosto de 1914 al general Obregón. Por tales días, la guarnición federal en la ciudad de México ascendía a más de 33,000 hombres.¹⁶³ Justo con tantos hombres, José Refugio

¹⁶¹Eduardo Iturbide, *op.cit.*, pp. 132-142, Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 159, Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*, México, FCE, 1973, pp. 158-161 y Aarón Sáenz, *Los históricos tratados de Teoloyucan. Disolución del ejército federal y capitulación de la ciudad de México*, México, Patronato de la Historia de Sonora, 1964.

¹⁶²*El Imparcial*, 15 de agosto de 1914.

¹⁶³Álvaro Obregón, *op. cit.*, p. 165. Alfonso Taracena habla de 46,000 efectivos. Véase su obra *LVRM (1912-1914)*, p. 394.



Velasco pudo haber intentado rechazar a Obregón, pero él más que nadie, estaba consciente de que en su mayor parte, no eran gente de confiar ya que en la menor oportunidad, desertaban pelotones completos. Para sacar a tales fuerzas armadas de la ciudad de México, se habilitaron diversos furgones del ferrocarril interoceánico y se les trasladó a la ciudad de Puebla. Obregón comisionó al coronel Joaquín V. Cazarín, y a un pagador, para que les dieran desde cinco hasta diez pesos a cada uno de los soldados licenciados, más un pase gratuito para viajar por ferrocarril, hasta sus lugares de origen. Asimismo, Obregón comisionó, entre otros, a los capitanes Jesús M. Garza y Aarón Sáenz, integrantes de su Estado Mayor, para que recogieran todo el armamento, municiones y demás pertrechos en poder del ejército federal. Quedaba pendiente el desarme de las fuerzas federales que tenía a su mando el general Joaquín Téllez en Manzanillo.¹⁶⁴ En Puebla, fueron reconcentrados varios regimientos federales. Al momento de consumarse la disolución, los militares enarbolaron varias banderas militares y al mismo tiempo tocaron “Las Golondrinas”. Muchos soldados lloraron frente a la melancólica y musical despedida.¹⁶⁵

Pocos fueron los altos mandos del ejército que se opusieron al licenciamiento de sus tropas, y uno de ellos fue precisamente el general Joaquín Téllez, quien desobedeció las órdenes del general Velasco, se embarcó con sus fuerzas en Manzanillo para abandonarlas en Salina Cruz y luego seguir con los haberes de 5,000 hombres, tres secciones de ametralladoras sistema *Maxim* y algunos de hombres, rumbo a la América Central. Se sabe que el 19 de septiembre llegó a El Salvador a la espera del momento adecuado para encabezar un movimiento contrarrevolucionario.¹⁶⁶ Obregón afirma que los pertrechos de guerra los puso en poder del gobierno de El Salvador. Una postura similar asumieron los generales Gabriel F. Aguillón, Valente G. González y Francisco J. Rivero. Al momento que se les acercaron las fuerzas constitucionalistas con el fin de desar-

¹⁶⁴ Álvaro Obregón, *op. cit.*, p. 161.

¹⁶⁵ Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 399.

¹⁶⁶ *El Radical*, 19 de septiembre de 1914.

marlos, los citados generales se embarcaron en los puertos de Guaymas y de Salina Cruz, para dirigirse también a El Salvador, como efectivamente sucedió.¹⁶⁷ En Córdoba, Veracruz, sucedió algo insólito. Unos 9,000 soldados aclamaron al general Luis Medina Barrón como su jefe y hasta como “presidente de la República”, pero tales ex abruptos cedieron rápidamente y Medina Barrón huyó a los Estados Unidos.¹⁶⁸ Benjamín Argumedo, Juan Andrew Almazán, Higinio Aguilar, Rafael Eguía Liz, Mariano Ruiz y otros de menor significación, tampoco aceptaron su licenciamiento y con cerca de 1,500 hombres, desertaron en Puebla, lanzándose a la rebelión contra el gobierno de Carranza, pero su lucha fue larga, sin resultados positivos.¹⁶⁹

Cumplida su misión en la ciudad de México y de Puebla, José Refugio Velasco se dirigió al istmo de Tehuantepec para licenciar a cerca de 40,000 miembros del ejército federal. Después de esto, consideró que su vida corría peligro en México y se dirigió al puerto de Veracruz. Aquí compró un boleto y se embarcó en el Alfonso XIII rumbo a La Habana, en donde permaneció algunos días.¹⁷⁰ Mientras el barco partía rumbo a Santander, bajó a tierra para caminar por el Malecón. Justo el 20 de septiembre de 1914, la prensa cubana lo descubrió y al ser entrevistado expresó:

Cualquier gobierno serio que rija los destinos de la nación mexicana, tiene que llamar al elemento realmente militar, a los profesionales del ejército, que sin inmiscuirse en la política nacional, defiendan siempre al gobierno, fórmenlo quienes lo formen. El gobierno que no proceda así, se derrumba. Por mí, lo sé decir. Siempre defendí al presidente y combatí la revolución, sin cuidarme de la persona que ocupara la primera magistratura ni de los que estuviesen en armas. Así, combatí a

¹⁶⁷ *El Radical*, 29 de septiembre de 1914.

¹⁶⁸ Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 37.

¹⁶⁹ Álvaro Obregón, *op. cit.*, p. 181 y Alfonso Taracera, *LVRM (1912-1914)*, pp. 406-407.

¹⁷⁰ *Heraldo de Cuba*, 21 de septiembre de 1914; Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 43-46; Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 239, Federico Gamboa, *Mi diario*, t. vi, pp. 154-158 y 311, Alfonso Taracena, *LVRM (1912-1914)*, p. 400 y *El Radical*, 21 de septiembre de 1914.



Madero revolucionario y lo defendí después de Presidente, contra Félix Díaz. Y en 48 años, que llevo de servicio en el ejército, siempre he observado esta línea de conducta, defendiendo a Juárez, a Lerdo, al general Díaz y a todos los jefes de Estado.

Mientras el gobierno de Huerta, no fue organizado legalmente, no lo reconocí. Los militares no pueden ni deben detenerse a considerar si tal o cual persona debe ser o no presidente. Después de proclamar el Congreso a cualquier ciudadano para presidir lo destinos de la nación, al ejército no compete más que defender y mantener al que solemnemente ha sido exaltado.¹⁷¹

En clara alusión a Carranza, dijo que no era pesimista, pero que no confiaba en las personas incapaces para gobernar.¹⁷² José Refugio Velasco se alejó de la milicia radicándose en España y luego en Los Ángeles, California. Con el tiempo, varios de sus colegas, civiles y militares, le recriminaron que al dejar la silla presidencial Francisco S. Carbajal, y producirse un vacío de poder, no se hiciera de ella, basándose en que en México no había vicepresidente ni secretario de Estado en línea de sucesión. Por lo tanto, a juicio de sus críticos, este general cometió el delito de traición, ya que era el indicado para hacerse cargo de la Presidencia de la República, apoyado por el ejército. Pero ello no fue así.¹⁷³ De cualquier forma, la disolución del ejército federal fue una realidad. Se llevó a cabo en unos cuantos días, y ni ahora ni después, representó un problema serio para Carranza.

EL EXILIO MILITAR

TAL COMO se ha señalado, a mediados de 1914 abandonó el país la llamada “reacción mexicana”, dispersándose en varios países.

¹⁷¹ *Heraldo de Cuba*, 21 de septiembre de 1914 y *Revista Mexicana*, núm. 79, 11 de marzo de 1917.

¹⁷² *Loc. cit.*

¹⁷³ Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 311.

Como la forma en que dejaron el país había sido humillante, no fue raro que entre sus integrantes más dolidos y resentidos, se incubaran ansias profundas de venganza. Apenas se instalaron en el extranjero, se reorganizaron con la mira de retornar al país para recuperar el poder político y sus propiedades que resultaron incautadas por el nuevo gobierno. Pero sus planes rápidamente quedaron al descubierto y fueron conocidos por Carranza. ¿Cómo es que esto ocurrió? Muy fácil: el viejo sistema de espionaje porfirista, puesto al servicio del maderismo y del huertismo, nunca fue desmantelado y quedó al servicio de Carranza. Tanto en San Antonio, Texas, como en El Paso, Los Ángeles, Nueva Orleans, Nueva York, La Habana, Guatemala, y Belice, las cónsules siguieron la pista de los que consideraban potenciales caudillos de una contrarrevolución, infiltraron espías, y tuvieron a la mano información veraz y oportuna para transmitirla al Primer Jefe.

Meyer habla de que en 1913 había 182 generales. Si sus cifras son exactas, sucede que para el segundo semestre de 1914, alrededor de un centenar, de los más importantes y de mayor trayectoria, estaban exiliados. El 63 por ciento huyó a los Estados Unidos, el 13 por ciento a Europa, el 8 por ciento a La Habana, y el resto a la América Central.¹⁷⁴ Su plan era quedar fuera del alcance de las garras de los constitucionalistas. ¿Por qué huyeron? Porque tenían un pasado porfirista, lo cual resultaba condenable. Pero ahora había un pecado mayor: estuvieron al servicio de Huerta, un gobierno al cual los carrancistas etiquetaban de usurpador y de ilegítimo. Para completar el cuadro, se les consideraba asesinos, corruptos, y de haberse apoderado de distintas sumas de recursos. Al igual que el viejo personal político porfirista, muchos de ellos estaban envejecidos y ya no resultaban útiles para el servicio de las armas.

¹⁷⁴Para mediados de 1915, en El Salvador vivían los ex generales Mario Maass, Valente González, Gabriel Huerta, los capitanes Daniel Maass y otro de apellido Villaseñor, y los coroneles Barreda y Saavedra Gómez. Julio Falomir a Venustiano Carranza, San Salvador, 27 de abril de 1915, en el Centro de Estudios de Historia de México Con-dumex, Fondo XXI, carpeta 37.



Generales refugiados en La Habana

Cortés, Prisciliano	Querol Gómez, Emilio
Maqueo Castellanos, Esteban	Rincón Gallardo, Carlos
Maass, Joaquín	Rubio Navarrete, Guillermo
Ortiz Argumedo, Abel	Salas, Gustavo

Refugiados en Estados Unidos

Acosta, Luis	Landa, Manuel
Aguilar, Jesús	Limón, Hernando
Aguillón, Gabriel, F.	Medina, Juan N.
Alessio Robles, José	Meraz, Prócoro
Álvarez, Francisco de P.	Mercado, Salvador
Ángeles, Felipe	Mondragón, Manuel
Azueta, Adolfo M.	Montaño, Juan
Blanquet, Aurelio	Morelos Zaragoza, Ignacio
Bravo, Ignacio	Orozco, Pascual
Cabral, Juan G.	Quintana, Teodoro
Calero, Vicente	Medina Barrón, Luis
Campa, Emilio	Rascón, Eugenio
Casso López, Mariano	Rasgado, Alberto T.
Cauz, Eduardo	Rivero, Enrique
Cervantes, Federico	Rivero, Santiago
Cubillas, Alberto	Robles, José Isabel
Cuéllar, Rómulo	Robles, Juvencio
Chao, Manuel	Ruelas, Miguel
Delgado, José	Ruiz, Mariano
Díaz, Félix	Salazar, José Inés
Díaz, Ruperto	Sánchez Aldana, Teófilo
García, Francisco	Serratos, Alfredo
García Hernández Agustín	Toffe, Román
García Hidalgo, Carlos	Toro, Francisco del
González Garza, Jesús	Torres, Luis Emeterio
Gordillo Escudero, Manuel	Velasco, José Refugio
Gorostieta, Enrique	Velázquez, Manuel M.
Hernández, Juan A.	Venegas, Juan
Hinojosa, Ramón	Villa y Frías, Miguel
Huerta, Victoriano	Villarreal Jerónimo
	Villarreal, Antonio I.



Refugiados en Europa

Águila, Carlos	Guasque, Manuel M.
Bretón, Agustín	Maass, Gustavo
Corona, Ramón	Maass, Joaquín
Corral, Víctor Manuel	Moure, Javier de
Díaz, Porfirio	Paredes, Eugenio
Fuentes, Liborio	Quiroz, Alberto
Fuentes, Luis	

Refugiados en América Central y del Sur

González, Valente	Rivero, Francisco G.
Herrera, Francisco	Romero, Francisco
Maass, Mario	Téllez, Joaquín

Sin precisar país de destino

Almada, José	García Peña, Samuel
Camacho	González, Vicente G.
Cazarín Guerra, Joaquín	Mendoza, Santiago
Escoto	Mier, Felipe
Carcía Cuéllar, Samuel	

De ninguna manera el Primer Jefe estuvo dispuesto a permitir que regresaran al país, ya que temía que levantarán ámpula o se aliaran a sus enemigos internos. Bajo estas condiciones no fue raro que se gestara entre las filas de los militares exiliados la contrarrevolución. El problema era encontrar un caudillo que los aglutinara política y militarmente. A pesar de tantos generales, los nombres de los calificados como capaces o indicados, eran contados. La lista se reducía a Victoriano Huerta, Félix Díaz, Aureliano Blanquet, Manuel Mondragón, Guillermo Rubio Navarrete, José Refugio Velasco, Luis Medina Barrón, el villista Felipe Ángeles, y el ex carrancista Antonio Villarreal, entre otros. El problema era que ellos aceptaran tal reto. El propio Nemesio García Naranjo estaba consciente de tal situación y en una ocasión le confió a Francisco León de la Barra, que descartando a Huerta, sólo quedaban Félix Díaz, el que si bien podía luchar heroicamente en México por su salvación, no inspiraba mayor confianza; Ignacio Bravo estaba muy viejo, Blanquet era valiente pero carecía de

carisma, Manuel Mondragón era muy capaz, pero tenía demasiados enemigos. A su juicio, los demás, carecían de relieve.¹⁷⁵

Pero también es cierto, que un buen número de generales permanecieron en México y al poco tiempo se reincorporaron tanto al ejército carrancista como al que apuntalaba al gobierno emanado de la Convención de Aguascalientes. Naturalmente que ello provocó ciertas reticencias y fricciones al grado de que a fines de 1914, el presidente Eulalio Gutiérrez decretó la expulsión de los ex federales que ingresaron al Ejército Convencionista, pero la medida jamás se ejecutó, y el 4 de enero de 1915 se dieron de alta a otros 1500, encabezados por José Delgado, Gonzalo Luque, Ignacio Morelos Zaragoza y Arnoldo Casso López. Este último había combatido contra los zapatistas a sangre y fuego, y limpiado de constitucionalistas al estado de Coahuila. Sin embargo, Villa los consideró libres de culpa y dijo que podían prestar sus servicios en cualquier oficina o campo de batalla.¹⁷⁶ De cualquier forma, al consumarse la debacle del gobierno convencionista, muchos de tales ex federales tuvieron que dejar el país, como fue el caso de Ignacio Morelos Zaragoza.

Un ejemplo clásico de los viejos ex federales incorporados a las filas constitucionalistas, lo fue Martín Vicario, quien se lanzó a la revolución en las filas zapatistas para luego pasarse al ejército huertista, desde donde combatió a sus antiguos aliados zapatistas. Con motivo de la disolución del ejército federal, por un tiempo estuvo quieto, pero como la inactividad lo mataba, para el mes de abril de 1915, volvió a levantarse en armas. Previo análisis de la situación, consideró que lo más conveniente era sumarse al bando que despuntaba como el vencedor en la guerra civil, que era el carrancista y se unió a las fuerzas del general Julián Blanco que operaban en las cercanías de Chilpancingo. Carranza no puso objeción ya que el ex federal conocía perfectamente la topografía de Guerrero, y podría serle útil para pacificar completamente la zona.¹⁷⁷

¹⁷⁵Nemesio García Naranjo a Francisco León de la Barra, 19 de septiembre de 1917, en Centro de Estudios de Historia de México, ConduMex, F. X-1, carpeta 9, legajo 736.

¹⁷⁶Berta Ulloa, *Historia de la Revolución mexicana. Periodo 1914-1917*, núm. 4, México, El Colegio de México, 1979, p. 71.

¹⁷⁷*El Radical*, 24 de abril de 1915.

Pero el general Pablo González también reclutó a un buen número de federales, los cuales en un principio provocaron irritación y descontento entre sus colegas constitucionalistas, quienes se referían a ellos en forma despectiva calificándolos de reaccionarios. Para reclutarlos de manera organizada, en agosto de 1915, el general Pablo González creó una oficina llamada depósito de generales, jefes y oficiales del ex ejército federal, integrada con los que supuestamente durante el último año transcurrido habían dejado de combatir al nuevo gobierno. La nueva dependencia, adscrita a la Secretaría de Guerra y Marina mostraba cierta dosis de comprensión y de generosidad. El único castigo que les impuso el nuevo gobierno consistió en pagarles el 50 por ciento del salario que devengaban los miembros del ejército revolucionario.¹⁷⁸

Al inicio del mes de septiembre del mismo año, el propio Carranza aceptó los servicios de varios reconocidos ex federales para reforzar la plaza del Distrito Federal, argumentando que se habían presentado ante Pablo González para ofrecer sus servicios, ante el peligro de un conflicto armado con Estados Unidos. Apenas abrió sus puertas la nueva dependencia, se presentaron a inscribirse cerca de 600 generales, jefes y oficiales del extinto ejército federal.¹⁷⁹ Para la última semana de agosto la lista ascendió a cerca de 1,000 elementos. Entre ellos figuraban cuatro generales de división: Emiliano Lojero, Pedro Ojeda, Jesús R. Lalanne y Francisco de J. Troncoso; 18 generales de brigada, destacando Bernardo A. Z. Palafox, Luis G. Palacios, Abraham Aguirre, Pedro Troncoso, Gabriel Terres, Alberto Canseco, Julián Jaramillo, Rafael Dávila, Eduardo Camargo, Miguel Gil y Luis G. Gamboa, entre otros; 48 brigadieres; 369 jefes y 502 oficiales, dando un total de 941 elementos.¹⁸⁰

Al finalizar la primera semana de septiembre, el total ascendía a más de 1 300 y su única obligación era pasar revista por las mañanas en el patio principal de la Secretaría de Guerra y Marina.¹⁸¹ Esto no

¹⁷⁸El acuerdo aparece reproducido en *El Mexicano*, 21 de agosto de 1914.

¹⁷⁹*The Mexican Herald*, 24 de agosto de 1915.

¹⁸⁰*The Mexican Herald*, 25 de agosto de 1915.

¹⁸¹*The Mexican Herald*, 6 y 7 de septiembre de 1915.

fue del agrado de Obregón quien protestó y le hizo ver a Carranza, que lo más prudente, era revocar el acuerdo. A su juicio no eran compatibles los servicios de esa gente con el ejército revolucionario, salvo para incorporarlos como soldados rasos, pues consideró que era una ingratitud subordinar un coronel constitucionalista, a un brigadier de extracción federal. Obregón agregaba que el acuerdo había causado mucho malestar entre los jefes carrancistas, que se trataba de personas arribistas y aduladores, mecanismos que utilizarían para dividir a los vencedores. Advirtió que de no derogar semejante acuerdo, el prestigio del general Pablo González se vería quebrantado. El manco de Celaya concluyó diciendo que los revolucionarios de verdad, no sentían más que desprecio hacia los ex federales, unos seres caracterizados por su perversidad.¹⁸²

Como se ha visto, desde un principio, hubo voces que se opusieron a la disolución del ejército federal señalando como culpable de semejante aberración al propio José Refugio Velasco. No faltó quien lo acusara de doble traición: por haber entregado la ciudad de Torreón al enemigo y disolver el ejército federal. Además de que jamás se le perdonó que ante la huida de Francisco S. Carbajal, no hubiera asumido la Presidencia de la República.¹⁸³ Uno de ellos fue Félix Díaz, quien en septiembre de 1917, afirmó que el ejército federal, tan ultrajado, tan villanamente difamado y ofendido, estaba vivo, e hizo un llamado a sus miembros para que se reorganizaran e incorporaran a las filas del Ejército Reorganizador Nacional, el verdadero ejército del pueblo, para destruir juntos la Constitución carrancista y restaurar la llamada grandiosa Constitución de 1857.¹⁸⁴

¹⁸² Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 150.

¹⁸³ Santiago F. Rivero, en una carta a Froilán Puente, Ocosingo, Chiapas, 12 de mayo de 1917, califica de indigno a José Refugio Velasco por haber disuelto al ejército federal. Véase el AHSRE, S. 17, caja 11, expediente 268 y Federico Gamboa a José Refugio Velasco, La Habana, 5 de mayo de 1916, en el CEHM-Conдумex, F. X-1, legajos 651 y 653. Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 311.

¹⁸⁴ Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 439.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS